

Elogi del candidat pronunciat pel Dr. Josep M. Comelles Esteban

Rector Magnífic, Dr. Eduardo Menéndez, Sr. President del Consell Social, Sr. Secretari General, autoritats civils i acadèmiques, membres de la comunitat universitària, doctor Oriol Romaní, senyores i senyors.

Hace casi treinta años, la profesora Dolores Juliano, exiliada en Barcelona ante las amenazas del régimen militar de la República Argentina, nos mandó un manuscrito para publicar en nuestra revista *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*. Era de un compañero suyo, Eduardo Menéndez, exiliado, como ella, en México. Cincuenta holandesas a doble espacio. Pluma 22 de Olivetti. Pulcras anotaciones en los márgenes con estilográfica. Su título: *El modelo hegemónico: transacciones y alternativas hacia una fundamentación teórica del modelo de autoatención en salud*. La lectura fue una bocanada de aire fresco, esclarecedora de ideas y cuestiones que desde aquí habíamos sido incapaces de resolver. El papel de la medicina hegemónica en el contexto del pluralismo asistencial emergía de aquellas páginas. Impresionados por su calidad, lo publicamos.

Eduardo Menéndez, ¿quién es? Mis amigos saben que tengo buena memoria y una mejor biblioteca privada. ¿Menéndez? Creo que tengo un libro. Estará en la M, en la sección de Antropología médica. Encontré el ejemplar junto a las obras de Lluís Mallart y de Arthur Kleinman. *Poder, estratificación y salud*, de 1981, estaba allí, pero en 1982 aún no lo había leído. Me lo había prestado Xavier Granero, quien lo había recibido de Jesús de Miguel, sin que nunca supiéramos cómo llegó a sus manos. Nunca se lo he devuelto.

El libro de Kleinman, encuadernado con una sobrecubierta verde esmeralda, lo publicó en 1981 University of California Press, el Imperio. En cambio, *Poder, estratificación y salud*, con el sello de Cuadernos de la Casa Chata, venía encuadernado en rústica, con un papel basto. Son las diferencias entre centro y

periferia. Tras el artículo, el libro. De nuevo la misma impresión. Ofrecía algo mucho más sofisticado y complejo desde el punto de vista de la interpretación teórica de los datos empíricos de lo que nos proponían los americanos, y parecía adaptarse como un guante al estudio de las problemáticas de salud catalanas y españolas antes y después de la Transición. Tenía sus raíces no tanto en el culturalismo americano como en un viaje intelectual complejo, fascinante, entre Italia, Argentina y México; un viaje que los libros y las ideas hicieron a bordo de los vapores que zarpaban de Génova o de Marsella y recalaban en Barcelona y en Tarragona rumbo a El Salvador, Santos, Montevideo y Buenos Aires. Buques que transportaron a generaciones de italianos y de catalanes, y que llevaron consigo las palabras, las ideas, las esperanzas, y también a Gramsci y a Ernesto de Martino, donde los leyeron exiliados intelectuales de todas las tendencias, movidos unas veces por la miseria, otras por la persecución étnica y otras, finalmente, por el exilio político. Por eso, en Buenos Aires o en Montevideo, Oriol y yo podemos revivir nuestra Barcelona, pues esto lo hemos escrito al alimón. Por eso podemos comprender su necesidad de reconstruir, bajo la Cruz del Sur, la utopía de una Europa ideal culta y educada. Luego, Videla y compañía se ocuparon de amenazarlos, matarlos, hacerlos desaparecer, enviarlos al exilio y cerrar las editoriales que, en la agonía del franquismo, nos habían permitido leer en pulcrísimas traducciones al castellano, algunas de la mano de Eduardo, a los clásicos de la ciencia social y a Lévi-Strauss.

Con ese bagaje intelectual, Eduardo viajó de Argentina a México, donde la República le ofreció condiciones de trabajo parecidas a las que encontró el exilio republicano español tres décadas antes. El CIESAS, fundado por el ibicenco exiliado Àngel Palerm, es una institución modélica que durante 35 años ha sido uno de los grandes referentes de la antropología internacional, e hizo posible la enorme fecundidad posterior de la obra de Eduardo, y de la antropología médica en particular, fruto de su magisterio, hecho de rigor y esfuerzo, que amplió la estela abierta por Aguirre Beltrán y Bonfil Batalla. También aquí, nosotros, como Eduardo, veníamos:

d'un silenci

*antic i molt llarg
de gent que va alçant-se
des del fons dels segles,
de gent que anomenen
classes subalternes,
[Venim] d'un silenci
antic i molt llarg,
de gent sense místics
ni grans capitans,
i que en frases solemnes
no han cregut mai.*

Veníamos de una incierta genealogía intelectual, de un *bricolage* más o menos apañado de estructuralismo, marxismo althusseriano, antropología social oxfordiana y culturalismo norteamericano, reacción inevitable al funcionalismo de nuestro padre fundador, el Dr. Claudi Esteva Fabregat. Era el tiempo en que “*topant de cap en una o altra soca, caminant d’esma pel camí de l’aigua*”, sabes que no sabes, aunque no puedas decirlo; buscas afanosamente respuestas a preguntas que te haces y que no eres capaz de responder del todo.

Eduardo nos proponía una antropología médica crítica, una década antes de que la *intelligentsia* progresista de la antropología norteamericana la convirtiera en etiqueta académica. La evolución posterior de su pensamiento, integrando lo bueno y lo mejor del pensamiento crítico, desplegado en dos centenares de artículos y capítulos de libro y en más de veinte libros, ha asentado una línea discursiva coherente sin ningún atisbo de dogmatismo, fruto del escepticismo y de esa ironía socarrona que practica, como buen porteño, en torno a un velador, entre cafés expresos, y en la que los poemas se combinan con apasionados análisis de la realidad más concreta, nuestra patológica cinefilia, sin olvidar el Barça ni su River Plate.

Eduardo impartió su primer seminario en Tarragona en 1984. Sala de actos del Colegio de Médicos. Seis o siete personas escuchándole. Fascinadas. Orador incansable, brillante, incisivo, crítico en su acento porteño. Lo acompañé al expreso de Madrid. Me despedí de él sabiendo que volvería... Lo ha hecho cada año durante un cuarto de siglo. Hace poco, tras una cena, me preguntó: “¿Hasta cuándo querréis que vuelva?”. A lo que respondí: “Hasta que tú decidas que no quieres venir”.

Eduardo ha sido el *pal de paller* de la identidad de la antropología médica española, de su estilo. No significa que nuestra antropología médica sea *menendeciana*, ni mucho menos; pero sí que ha impregnado profundamente nuestro relato y nuestra producción académica, le ha dado un *touch* característico que se ha ampliado al conjunto de la antropología. Nos ha enseñado a no creer en lo que parece evidente, a desmenuzar las apariencias que subyacen tras la compleja realidad, a valorar los elementos estructurales ocultos bajo de los determinantes de salud y las culturas profesionales, a desarrollar modelos teóricos, a permanecer abiertos a la diversidad de enfoques que circulan por el mundo y a explorar la cara oculta de las presuntas verdades, como en su extraordinario libro *La parte negada de la cultura*, una historia contracultural de la antropología internacional, que demuestra la potencia de su pensamiento más allá de su especialidad.

La combinación de todo ello nos animó a buscar una vía alternativa a la hegemonía anglosajona, a abrir un espacio de diálogo intercultural entre las antropologías periféricas que no se expresan en inglés. Nos ayudó en esta tarea y fue nuestro mejor propagandista para que el modelo Tarragona fuese conocido en América Latina; un flujo de ida y vuelta entre el Cono Sur, Brasil y México —también con Italia—, en el que compartimos, junto al inevitable inglés, el francés, el italiano, el portugués y el *portuñol*, el gallego y el catalán.

Eduardo ha sido también maestro de varias generaciones de discípulos en España y América Latina. Discípulos al viejo estilo, como los que viajaban en la Edad Media a Montpellier para escuchar a Arnau de Vilanova o a Tomás de Aquino en la Sorbona. Contactos personales, clases, documentos publicados en ediciones de trescientos

ejemplares por instituciones de nombres misteriosos, que viajaban en equipajes de mano y que, una vez aquí, o allá, se fotocopiaban para que ese saber circulase de mano en mano, de boca en boca. Fotocopias anotadas por varias manos, único remedio de un universo en el que el índice de impacto no tenía ningún valor, y en el que el alimento que significa la producción teórica circula, como cuando en Bolonia se fundó la primera universidad, de boca en boca, cara a cara, a veces en una terraza de café o tras una cena... ¡sin la parafernalia supuestamente pedagógica de la versión carpetovetónica de la actual Bolonia!

Durante años Eduardo impartió cursos en la URV y por las mañanas tenía su despacho abierto para citas de estudiantes. Conocer su obra y a él mismo era el punto de partida para reclamar su magisterio personal, infatigable en Tarragona o en España, en toda América Latina. Por eso, cuando se conoció este acto, recibimos decenas de mensajes de apoyo, unos de gentes anónimas, otros de estrellas del panorama académico que hablan de su experiencia como alumnos, de su influencia intelectual, de su magisterio, de su amistad. De entre todos ellos hemos elegido el de nuestra amiga Charo Otegui, presidenta de la Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior:

“Es muy difícil para mí hablar de Eduardo y de lo que su obra ha supuesto para la antropología española, pues me temo que lo académico se ve entrelazado con lo personal; pero voy a intentar esbozar unas líneas que suponen un reconocimiento al maestro de todos nosotros y al amigo que siempre he tenido al lado en las decisiones de calado de mi vida. Para todos aquellos que nos hemos dedicado a la antropología médica en nuestro país, la obra de Eduardo supuso y supone una guía ineludible en el desarrollo de nuestras experiencias académicas. Cuando descubrí a Eduardo a través de sus escritos y antes de conocerle personalmente, supe que todo aquello que no encajaba en mi perspectiva teórica cobraba sentido gracias a la perspectiva compleja, crítica y exhaustiva con la que él abordaba los temas de salud-enfermedad y atención. Sus enseñanzas no me dejaban pensar en este complejo de una manera lineal y simple, y siempre me obligaban a

intentar profundizar más en el desvelamiento de los mecanismos ocultos que existen en esta problemática. Lo que distingue a un «maestro» de un simple profesor es que con el primero siempre que estás escribiendo o reflexionando piensas en qué le parecería a él lo que estás escribiendo, siempre quieres estar a la altura y siempre quieres llegar más lejos. Pero, además, un maestro es generoso con sus discípulos y los deja crecer; y Eduardo ha sido y es tremendamente generoso con todos nosotros. La antropología española y cuantos nos formamos con él siempre estaremos en deuda con ese magisterio y esa generosidad. Además, a mí, que crecí en los paradigmas teóricos más clásicos de la antropología británica y francesa, la perspectiva crítica de Eduardo me aportó la posibilidad de empezar a leer las problemáticas propias de nuestro campo con una mirada que enlazaba no sólo con la teoría, sino con la perspectiva política y ética que andaba buscando. Porque su antropología comprometida no es solamente una aportación teórico-metodológica de primera magnitud, sino, además, un posicionamiento ante el mundo que, en momentos como los actuales —de crisis de modelo—, adquiere una vigencia de una importancia capital, pues en su obra no hay sólo análisis, sino también perspectiva de futuro; podemos rastrear un modelo alternativo de pensar y actuar en el mundo y con el mundo siempre con un compromiso ético del «sur» y desde el «sur». Eduardo, además, y frente a la aparente distancia emocional, está siempre al lado de sus amigos, y yo así siempre lo he sentido.”

Hace unos meses, hablaba con la directora del CIESAS, en el entorno maravilloso de la ciudad de Querétaro, de la relación entre la URV y el Centro. Veinticinco años con Eduardo entre nosotros me permitieron afirmar con orgullo de discípulo que, sin Eduardo y sin el CIESAS, la antropología médica de la URV no estaría en el mapa.

Rector Magnífic, en la mesura que m'ha estat possible, he exposat la trajectòria personal, acadèmica i intel·lectual del professor Eduardo Luis Menéndez Spina. Crec doncs haver dit prou perquè amb la vostra autoritat li sigui atorgat el reconeixement dels seus mèrits. Per tant, Rector Magnífic, us demano que us digneu nominar

doctor honoris causa el professor Eduardo Menéndez i incorporar-lo a la nostra Universitat.